



© Juan Herrero Senés

Portal para una tierra desconocida: fantasía épica española

JUAN HERRERO SENÉS
University of Colorado Boulder



Mariano MARTÍN RODRÍGUEZ (ed.)
Fantasía épica española (1842-1903).
Historia y antología
Valencia: Gaspar & Rimbau, 2024
327 pp.

Mariano Martín Rodríguez lleva décadas dedicado al estudio, la recuperación y la difusión de los modos escriturales que de una forma u otra se alejan del realismo. Su rigurosa investigación se apoya en un apabullante manejo de lenguas al que se suma la voracidad lectora, un denodado espíritu de pesquisa y develamiento de textos oscuros, poco conocidos y enterrados en la biblioteca de babel de la escritura, y una solidísima formación filológica y de teoría e historia literaria que en las últimas décadas ha dado como fruto la rehabilitación

y reconfiguración del progreso de la literatura antirrealista en el contexto occidental. Todo ello ha quedado plasmado en un reguero de contribuciones en revistas especializadas y volúmenes académicos, junto a las no menos significativas recuperaciones editoriales de obras que apelan por igual al experto y a un público más amplio. Dejando de lado la ímproba labor llevada a cabo en esta misma revista y ciñéndome al último lustro, señalaré las recopilaciones *El Madrid futuro según los costumbristas isabelinos* (2019), la reunión de la ficción del malogrado escritor Francisco Navarro Ledesma en *Los nidos de antaño* en 2020, y las ediciones de *Del antaño quimérico* de Luis Valera en 2021 y *Máquina cerebral* de Valero de Urría en 2023.

Si de un tiempo a esta parte vamos conociendo cada vez mejor los vericuetos y las plasmaciones en nuestro país de los dos grandes géneros antirrealistas, la literatura de ciencia ficción y la literatura fantástica (en un sentido general), poco o nada sabemos de ese modo narrativo peculiar que es la fantasía épica, un tipo de relato que en los últimos tiempos ha adquirido notoriedad gracias al éxito de escritores como J. R. R. Tolkien o George R. R. Martin. Ellos forman parte de una tradición escritural de siglos que ha quedado en cierto modo oscurecida, y a la que fuera del ámbito anglosajón parece haberse prestado escasa atención. En lo que llevamos de década, Martín Rodríguez ha centrado buena parte de sus bríos en ella, y el último y más granado fruto de ellos es el volumen recientemente aparecido *Fantasía épica española (1842-1903). Historia y antología* (Gaspar & Rimbau).

El libro, cuyo propósito queda explicitado en el título, se divide en dos partes: la primera la conforma una extensa introducción, a la que sigue la edición de los textos antologados.

La introducción constituye un relevante estudio que posee tres objetivos principales. Para empezar, el deslinde teórico: establecer de manera sólida una demarcación del modo escritural que constituye la fantasía épica, a partir sus características distintivas, mostrando de qué formas se singulariza frente a otros modos no miméticos con los que, claro, guarda concomitancias. Todo ello a sabiendas del componente pragmático, didáctico y a la postre algo artificioso de las clasificaciones, que en tanto que instrumentos de análisis sirven para desbrozar, ordenar y mapear un complejo y magmático territorio de fenómenos de cultura que en último extremo desafían la reificación. A decir de Martín Rodríguez, el rasgo definitorio de la fantasía épica sería su independencia ontológica del mundo fenoménico, esto es, la construcción de un mundo alternativo no mimético autosuficiente, de carácter legendario y exótico, regido por sus propias y exclusivas normas en todos los ámbitos, bajo las cuales está plenamente justificada la presencia de realidades sobrenaturales. El segundo objetivo de la introducción es ofrecer una genealogía que dé cuenta de la emergencia de la fantasía épica y su configuración temprana. Se habla aquí sobre todo de precursores y alumbramientos en las distintas literaturas europeas. La última parte de la introducción está dedicada a poner las bases para una historización del desarrollo temprano de la fantasía épica en España. Este tiene lugar a lo largo del siglo XIX en un entrecruzamiento de múltiples focos de interés e influencia que afectan a la imaginación creadora, así la fibra nostálgica y ensoñadora del romanticismo, el gusto por la recreación histórica, el impacto del orientalismo, la fascinación por el primitivismo, la densificación de sentimientos de pertenencia nacional, cierto espíritu escapista antimoderno, la consolidación de nociones a propósito del *Volksgeist*, y la reivindicación del poder

subyugador y mitopoético de la literatura frente al imperante realismo anclado en la cotidianidad de la segunda mitad del XIX. Martín Rodríguez presenta un panorama diacrónico de las obras principales que constituirían el canon de la fantasía épica española temprana, y al encontrarse no pocas de ellas entre los textos antologados, ofrece una introducción a la lectura de estos, glosándolos y sobre todo haciendo hincapié en sus contribuciones. En relación con esto, señalaría que me hubiera gustado una reflexión más elaborada sobre algunas características compartidas de la variedad hispánica de la fantasía épica que definirían su perfil y permitirían reseñar peculiaridades respecto a otras tradiciones nacionales.

En cuanto a la antología, los once textos incluidos han sido seleccionados principalmente a partir de un principio de representatividad: serían aquellos que de manera más evidente se ajustan al criterio discrecional explicitado en el estudio previo y que delimita el territorio de la fantasía épica. Otros razonamientos aplicados incluyen ofrecer exclusivamente obras completas, lo que deja fuera extractos de obras mayores, así como la acertadísima inclusión de ficciones producidas en otras tradiciones lingüísticas peninsulares, en este caso gallego y catalán, que ilumina así un acervo multicultural sobre el género tratado en el último tercio del siglo XIX. Entre los autores seleccionados encontramos varios consagrados decimonónicos, como Àngel Guimerà, José Echegaray y Emilia Pardo Bazán, junto a plumas menos conocidas como Federico de Castro, José Zahonero o Luis Valera, hijo del autor de *Pepita Jiménez* y al que como antes se señaló Martín Rodríguez ya reivindicó en 2021. Los relatos, como contados por un aeda o un bardo, nos transportan a lejanos territorios de reyes, princesas y magos en los que se mezclan

sueños, afanes imposibles, deseos insatisfechos, crueldades y piedad, viajes y exilios, batallas y romances en peligro. Nos apartan así del mundo del presente entrelazando repudio y nostalgia, distancia y anhelo, primitivismo y pureza.

Presentados en orden cronológico en un rango de sesenta años, la apreciación de estas ficciones vistas en conjunto permite observar la evolución en nuestro país de la escritura épico-fantástica, calibrar sus empeños y, justo es decirlo, reconocer sus limitaciones. Con la excepción de los dos últimos textos, a cargo de Mauricio López Roberts y Luis Valera, el resto de piezas no superan la extensión de un cuento breve, lo cual, a pesar de la pericia sintetizadora de algunos autores, dificulta la plasmación del afán demiúrgico propio de la fantasía épica, que así se ve recluido en la evocación, el impresionismo o la vaguedad. Esto no afecta a la calidad intrínseca de los textos, pero sí a nuestra experiencia como lectores ante las muestras de un subgénero sobre el cual el editor nos ha convencido en la primera parte que su principal aportación literaria reside en la capacidad fabuladora de sus autores y así en la opulenta construcción verbal de una civilización antiquísima ausente de las crónicas históricas. Otro tanto ocurre con la intencionalidad de los textos. Junto al primado de la imaginación, aquí tras la lectura cuesta zafarse de la entrega de una lección ética propia de apólogos y fábulas. La parábola se impone por lo general a la aventura. A lo largo de su historia la literatura española exhibe una recia tendencia moralizante y estas ficciones no escapan a ella, salvo nuevamente el texto de Valera, que es sin duda, como el propio editor arguye, la joya de esta antología por su imaginación, control del ritmo, autoconsciencia narrativa y profundidad. Un último comentario a propósito de las obras incluidas tiene que ver con la ficción «La primera lluvia» de José Echegaray, sobre la que tengo mis reticencias

ya que no encuentro el hálito inmemorial y aventurero que parecería propio de la fantasía épica con su fuerte carga de peripecia. Esta elucubración de cómo nació tal fenómeno meteorológico me sabe más bien a mito protagonizado por seres inanimados de la que se ha amortiguado la centralidad del didactismo moral en pos de una candorosa explicación fantástica.

Con la fantasía épica, como con la ciencia ficción y otros conceptos clasificatorios, ocurre un curioso fenómeno cuando atendemos a sus inicios: para los precursores no existe el género al que ahora adscribimos sus textos; ellos contribuyen a él sin saber que lo están forjando.

Al plantearse los investigadores de la literatura la emergencia y desarrollo de la categoría genérica se origina una particular dialéctica según la cual la producción literaria constituye la base para detectar y formular un conjunto de características definitorias, y a la vez es en torno a estas que se construye una genealogía. En ese sentido, y valga esto como elogio, *Fantasía épica española (1842-1903)* simultáneamente descubre y erige una tradición en la literatura peninsular, y nos hace accesible algunos de sus mejores ejemplos. Con esta labor se ponen las bases para profundizar en la investigación de su implante en nuestro país y estimular el goce lector.